



## **RAFAEL PALMERO RAMOS OBISPO DE ORIHUELA-ALICANTE**

**«Éste es Cristo, el Señor,  
convocado a la muerte,  
glorificado en la resurrección»**

A mediados del pasado mes de enero, el Obispo y un grupo de sacerdotes de la Diócesis peregrinamos a Tierra Santa. Visitamos diferentes lugares y pueblos de Galilea y Judea, por los que Jesucristo «pasó haciendo el bien y curando a los oprimidos por el diablo; porque Dios estaba con él» (Hch 10,38). Con profunda emoción y guiados en todo momento por la lectura de los Evangelios, fuimos recordando hechos de la vida del Salvador: su nacimiento en Belén, su vida secreta en Nazaret, la multiplicación de los panes, la proclamación de las bienaventuranzas, las bodas de Caná, la resurrección de su amigo Lázaro, la oración en Getsemaní, su muerte y su resurrección...

Una de las celebraciones más entrañables fue la del Via Crucis por la conocida Vía Dolorosa, nombre que conserva una de las calles de Jerusalén y que recuerda el camino que Nuestro Señor recorrió hasta llegar al Calvario. Parada tras parada, fuimos desgranando las catorce estaciones del Via Crucis, acompañando con cantos sencillos y melodías populares las meditaciones y padrenuestros. Rememoramos, así, como si de un sacramento se tratara, el último día de la vida terrenal del Señor con el telón de fondo de hace dos mil años: mujeres que paseaban o que hablaban de sus compras, indiferentes ante los rezos, niños que hacían sorna de nuestros cantos, algún viandante que tapaba sus oídos para no escuchar, hombres que contemplaban, entre la curiosidad y la apatía, aquella estampa un tanto insólita por la escasez de peregrinaciones en los últimos años... Muy parecido todo a lo que Cristo tuvo que soportar en su Pasión.

En estos días santos en que celebramos la Pasión, Muerte y Resurrección del Señor, las numerosas Cofradías y Hermandades de nuestra Diócesis ultiman los preparativos para expresar visualmente lo que proclamamos, cada domingo, en la Profesión de fe: «y por nuestra causa

(Jesús) fue crucificado en tiempos de Poncio Pilato; padeció y fue sepultado, y resucitó al tercer día, según las Escrituras» (*Credo niceno-constantinopolitano*). Cada pueblo o ciudad se convierte, así, al ritmo de las procesiones y los vibrantes himnos de Semana Santa, en una Jerusalén bíblica. Por sus calles Cristo recorre, año tras año, su Via Crucis y ofrece cumplido testimonio de un Dios compasivo y misericordioso, que entrega a su Hijo Único para salvar a los hombres: «Él es víctima de propiciación por nuestros pecados, no sólo por los nuestros, sino también por los del mundo entero» (1Jn 2,2).

Su muerte en la Cruz no es sólo el recuerdo de un hecho histórico, triste y doloroso, lleno para algunos de contenido morboso, sino también la mejor prueba del amor de Dios nuestro Padre: «En esto se manifestó el amor que Dios nos tiene: en que Dios envió al mundo a su Hijo único para que vivamos por medio de él» (1Jn 4,9). Las celebraciones en el interior de las iglesias, grandes o pequeñas, es decir, los oficios religiosos, preparados a conciencia y celebrados con solemnidad en nuestros templos, han de ayudarnos a entrar en el Corazón Sagrado de Jesucristo, de donde brota generosamente el amor de Dios, un amor infinito, inabarcable, misericordioso y perdonador.

La Semana Santa, devoción popular y celebración litúrgica al mismo tiempo, ha de mantener, pues, el equilibrio de una fe entendida como regalo de Dios y el logro de nuestro esfuerzo ascético. Emerge de lo más íntimo de nuestro ser –así lo intuyó y explicó San Agustín– pero necesita, a su vez, expresarse de modo festivo y elevado por medio de prácticas de piedad tan propias de este tiempo (via crucis, oración ante el Santísimo, actos penitenciales, procesiones...) y, muy especialmente, la liturgia de la Iglesia. El Triduo Sacro y la Pascua de Resurrección constituyen, de esta forma, un todo que hemos de vivir en su conjunto. Semana Santa, es decir, jornadas memorables que se suceden en clima de oración y de silencio.

Confío en que esta armoniosa sintonización ayude a los miembros de Cofradías y Hermandades y a todos los creyentes a celebrar la Semana Santa, no sólo como recuerdo de hechos pretéritos, sino como actualización de un misterio sagrado que nos transforma y eleva, renovando nuestra fe en Jesucristo. Al contemplar su rostro ensangrentado, cantemos con fe y con esperanza:

«¿Quién es éste que vuelve,  
glorioso y malherido,  
y, a precio de su muerte,  
compra la paz y libra a los cautivos?

Éste es Cristo, el Señor,  
convocado a la muerte,  
glorificado en la resurrección.

Se durmió con los muertos,  
y reina entre los vivos;  
no le venció la fosa,  
porque el Señor sostuvo a su Elegido».

*(Himno de Vísperas. Liturgia de las horas)*

Que Jesucristo, el Pastor que conduce a sus ovejas, el Pan que se reparte para dar vida y vida en abundancia, nos mantenga en la fidelidad a Él y a la Iglesia, no sólo de palabra sino con hechos y en la verdad: «Hijos míos, no amemos de palabra ni de boca, sino con obras y según la verdad. En esto conoceremos que somos de la verdad, y tranquilizaremos nuestra conciencia ante Dios» (1Jn 3,18-19). Alcanzaremos así, un día, el premio de la inmortalidad, la gloria de la Resurrección.

Con mi bendición, un saludo cordial en el Señor Resucitado, luz, vida y esperanza nuestra. Y una oración en sintonía a la Madre Dolorosa.

A handwritten signature in black ink, starting with a cross symbol and the name 'Rafael' in a cursive script.

+ Rafael Palmero Ramos  
Obispo de Orihuela-Alicante